



EL PROFESORADO COMO REFERENTE EDUCATIVO

La educación es mucho más que la transmisión de información y contenidos. La educación incluye aprender a sentir, a vivir, a relacionarnos, a expresarnos, a resolver nuestros conflictos, a poder elegir, a escuchar, a ser escuchadas y escuchados, a ganar autonomía, a saber respetar. Bajo este prisma, el punto de partida es fundamental: la educación es una relación —pero no una relación cualquiera— entre profesorado y alumnado.

En esta relación, bajo el prisma de la coeducación, la persona educadora, maestra o profesora es un referente de autoridad para su alumnado. No de autoritarismo ni de poder, sino de una autoridad que guía, marca límites, infunde respeto y confianza. En esta relación, la figura de autoridad es un modelo, alguien en quien niñas, niños y peques con otras identidades de género se inspiran, imitan, de quien aprenden.

Por eso el referente coeducativo es tan importante: si quieres que tu alumnado se respete, háblales con respeto. Si quieres que se escuchen, escúchalos. Si quieres que aprendan a respetar las relaciones homosexuales, háblales de tu pareja, o de tus amigas lesbianas, o de la película que viste el otro día sobre el tema.

Además, como personal docente, podemos llevar al aula imaginarios que el currículum oficial ignora e invisibiliza. Referentes de mujeres y personas LGBTQ+ de quienes los libros no hablan. En todas las disciplinas existen nombres de personas que han hecho historia, aunque la historia no hablen de ellas.

También podemos visibilizar, en unidades didácticas y ejercicios, aquellas actividades de la vida que no aparecen en ningún contenido obligatorio (como la historia de la cocina, la economía doméstica o los trabajos de cuidados). Y podemos enseñar referentes de relaciones humanas positivos, de conflictos bien resueltos, etc.

En definitiva, la coeducación supone mostrar modelos y referentes de aquello que queremos reconocer, visibilizar y dar valor. Porque, dándole la vuelta a la frase “lo que no se nombra no existe”, visibilizar otras formas de ser y de hacer contribuye a superar las desigualdades y a construir otros imaginarios.

LA MIRADA CRÍTICA Y EL HUMOR

En la tarea de coeducar hay un ejercicio que resulta imprescindible: mirar nuestra realidad con ojo crítico. Para evitar que las generaciones más pequeñas no reproduzcan el sexismo que se transmite a diario y de manera masiva a través de diferentes canales de socialización (como la televisión, la publicidad, la literatura o la música), no se trata de que



la infancia o la adolescencia no esté en contacto con esos mensajes. Se trata, más bien, de que aprendan a descifrar y entender los mensajes que les llegan.

Incluso en edades muy tempranas, niñas, niños y peques con otras identidades de género, son capaces de identificar los roles y estereotipos que transmiten los relatos de ficción, cuestionarlos e incluso reírse de ellos.

Hacerse preguntas, saber analizar los mensajes, cuestionar si esos mensajes son o no válidos para la propia experiencia, y buscar otros que se adapten mejor a la realidad, es una gran tarea coeducativa. Como lo es, también, recurrir a la ironía, al humor, a la exageración, a la creación de mensajes alternativos, aunque sean disparatados. Convertir al príncipe en Blancanieves y hacerle limpiar la casa de las siete enanitas es una imagen que puede generar risa y bastante reflexión, por ejemplo.

MODELOS DESEABLES

Otro recurso que nos puede ser útil a la hora de coeducar es visibilizar modelos de masculinidad, feminidad, de relación o de resolución de conflictos que sean deseables. La mirada crítica no es por sí misma suficiente para imaginar nuevos modelos y representaciones.

Pensemos, por ejemplo, en los modelos de masculinidad que niños y chicos aprenden desde que nacen. Si queremos trabajarlos en el aula, la mirada crítica nos sirve para desmontar los estereotipos que salen en cuentos y películas: el malote, siempre aventurero, siempre activo, galán, embaucador... Desmontar esta imagen y utilizar recursos para ello es un ejercicio muy útil, pero limitado.

En nuestros relatos culturales faltan modelos de una masculinidad diferente, otra forma de ser chico que sea deseable. Igual que faltan representaciones de chicas menos estereotipadas y cuyo interés principal en la vida no sea encontrar a su media naranja. Igual que faltan personas trans, figuras LGTBQ+. Esto es lo que podemos ofrecer como profesorado y personal que acompaña al crecimiento de infancia y adolescentes: buscar referentes y mostrar otros modelos deseables.

Asimismo, faltan modelos para que la infancia y adolescencia se proyecte y aprenda a relacionarse de manera positiva, a resolver sus conflictos de manera asertiva. Algo que también se puede abordar desde nuestros hogares para ampliar sus imaginarios.

Tanto en los ejercicios académicos que realizamos como en nuestra relación cotidiana con el alumnado, lo que sí podemos hacer es hablar de esos modelos, darles valor, visibilizarlos, buscarlos en relatos de ficción, ponerlos como ejemplo en personas que conocemos, etc. De alguna forma u otra, siempre podemos abrir el abanico de representaciones y ofrecer modelos deseables de equidad, diversidad y convivencia.